Vicente Huidobro

Tres inmensas novela

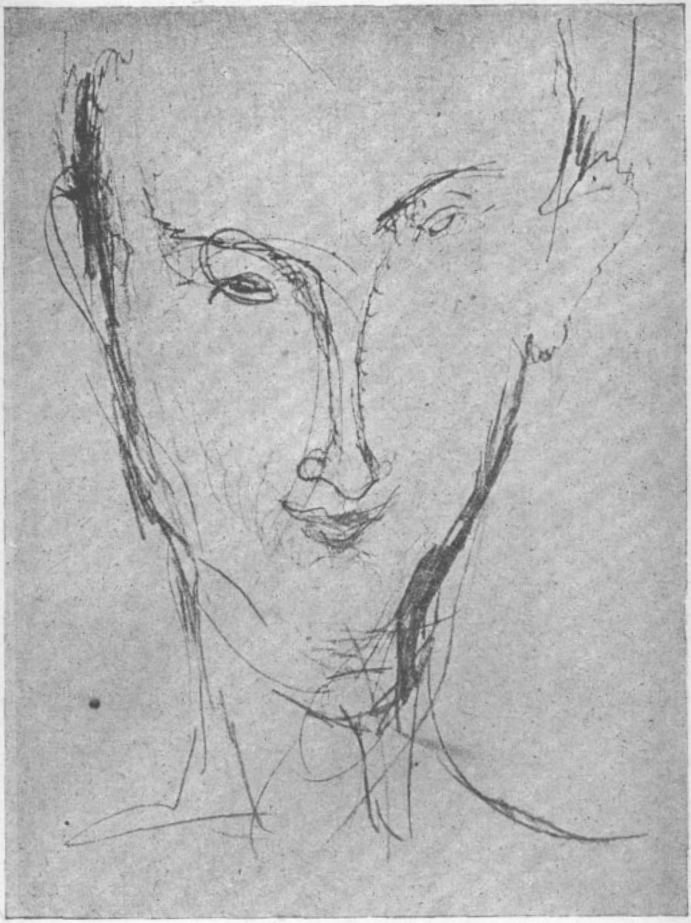
TRES NOVELAS EJEMPLARES

HANS ARP y VICENTE HUIDOBRO

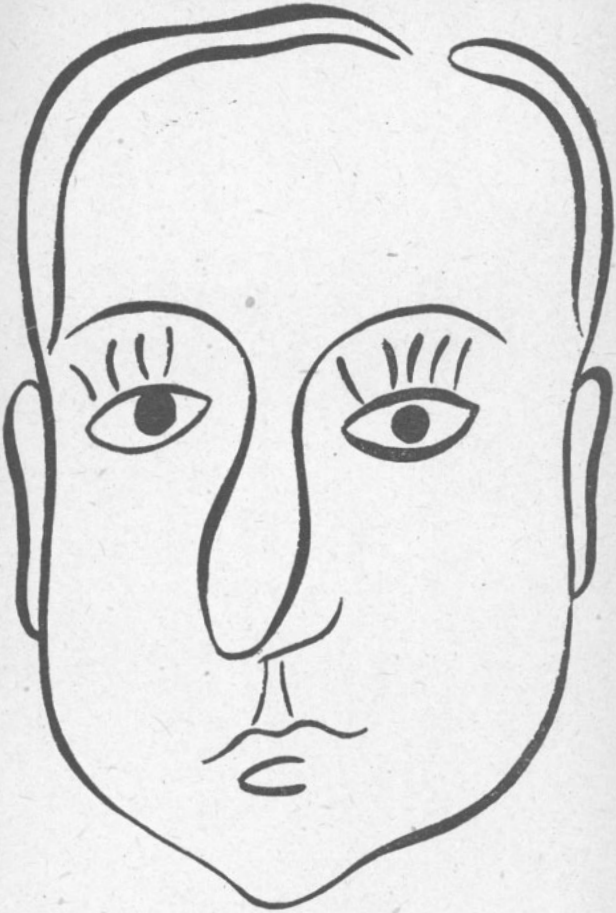
Tres Novelas Ejemplares

(Arcachón 1931)

S A N T I A G O 1 9 3 5



HANS ARP, por Amadeo Modigliani.



VICENTE HUIDOBRO, por Hans Arp.

Salvad vuestros ojos

(*Novela posthistórica*)

Era el día de Navidad, el 1.o de mayo. Del cielo caían hombres de nieve y toneles llenos de truenos. Sobre el mundo flotaban los tres últimos corazones calafateados: la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad. Era el último día del nuevo año. El árbol del idealismo, ese árbol sentimental en el cual se mecían los nidos de los filósofos materialistas, fué abatido de golpe por un solo trueno de helium.

Los hombres se habían convertido en cebollas cocidas, con un palillo de dientes entre los dedos de los pies y una bandera de colores sagrados en el ojal derecho del pantalón izquierdo. Diez minutos más tarde, los hombres habían desaparecido y la última mujer masticaba sus píldoras orientales, sentada sobre las teclas de la más alta montaña de la tierra. Tenía un cierto parecido con el Arca de Noé, aunque su barba era un poco más larga y su palomo un poco más corto.

Sin embargo, llevaba en el pico de su mirada aviesa una hermosa rama de olivo. (Este olivo se ha convertido hoy en el alfiler de corbata de los cortacircuitos especializados).

Como el lector debe haber comprendido, el hombre ha desaparecido de la faz de la tierra, y en su lugar, podemos ver al *glóbulo hermafrometálico,* esbelto, y elegante, no más ancho que la mitad de la oreja del Angelus de la tarde, ni más largo que el meridiano de Greenwich a las 6.40 del día.

Este ser, elegante y esbelto, está perfectamente standarizado y se puede comprar por dos francos cincuenta en todos los almacenes bien provistos. Su espacio individual no pasa de 25 centímetros cúbicos. Cuando su respiración excede algo más allá de esta medida, él la pliega en dos y aun en tres, según las circunstancias.

Aquí debemos advertir, para la perfecta comprensión de nuestra historia, que estos seres, cuando se encuentran aislados, se llaman Antonio, y cuando se les encuentra en grupos, se llaman José. Sus mujeres, cuando la cantidad de glóbulos que las forman pasan de un metro de altura, se llaman Carolina; cuando no llegan a un metro, se llaman Rose Marie.

Los Antonios, que desde hace tanto tiempo han sobrepasado nuestro plano físico de vanguardia colectiva y nos han aniquilado completamente, los Antonios

repito, llevan en el sitio en donde nosotros llevábamos los bigotes almidonados, magníficas corrientes alternativas que tienen el gesto altivo del índice que Virgilio dejó olvidado en un tronco de árbol, pocos días antes de su muerte. Esto en cuanto a los bigotes, ahora en cuanto a los otros pelos que a nosotros nos servían para saber la hora precisa en cualquier momento del día o de la noche, ellos no los poseen, pero tienen en su sitio pequeños arco iris cantantes, cubiertos cada uno de hemisferios de aluminio.

Los Josés tienen un carácter que se asemeja al paladium 36, que es más ligero que el agua y sus lebreles. Los Josés son transparentes como la estratósfera antes del descubrimiento de América. Van rodeados de un círculo de humo que les confiere un aire coqueto, gracioso e higiénico. Poseen un talento especial para descifrar los jeroglíficos del tiempo de los hombres. Ellos descifraron el magnífico himno religioso que aquí incluimos para solaz y meditación de nuestros cultos lectores:

"Cuando vosotros hayáis empleado los anteojos eternos con perfume de meteoros para vuestra T [8] o vuestra M [15], vosotros no rascaréis jamás el infinito ni ni la tormenta de la élite del mundo elegante, ni el lagarto africano sobre todas las grandes marcas.

"Buena suerte, el día de gloria ha llegado con el big Satán desnudo, sólo después de medianoche, cuyo

renombre mundial de vías urinarias va creciendo siempre.

"Cualquiera que sea vuestro nuevo cuadro de adherencias, no agravéis el mal rascándoos el marinero, pues el órgano excepcional os da absoluta seguridad.

"Si tortugas voladoras obscurecen vuestra vista, si vuestra nariz aparece lacrimosa y pegada en las mañanas contra los muros y vuestros labios son rápidos, como los servicios de la muerte o las preparadoras y picadoras de tallos, no os asustéis. Ello significa siempre la esencia de las más altas temperaturas".

"Allons enfants de la patrie, salvad los ojos de los marineros".

Para la perfecta comprensión de nuestra historia, debemos ahora dar algunos detalles sobre las Carolinas y también sobre las Rose Maries. Las Carolinas son glóbulos hermafrometálicos con un talle permanente de películas protectoras sobre las piezas movibles. Cuando empiezan a girar están frías y dan un mejor funcionamiento. Su temperatura es considerable cuando la presión influye sobre sus cualidades lubricantes, pero las impurezas que se deslizan no perjudican a su eficacidad. Ellas absorben el calor, y es de suma importancia el vaciarlas a menudo.

Las Rose Maries son perversas. En su trayecto a través del mundo absorben y evacuan una gran canti-

dad de vitaminas celestes. Esta participación a la vida, sólo puede ser asegurada por un magnetismo de primera clase en venta en bidones sellados. Ello es una garantía para vuestra vida privada y económica.

Estos seres han transformado el mundo, han barrido los continentes y los mares de la tierra. La Australia se ha convertido en un ruido colectivo, Europa es un ojal para las legiones de nebulosas y las condecoraciones de danzas postparanóyicas. Del Africa hicieron un estercolero tricolor para la electricidad arcaica de los aeroplanos sentimentales o venecianos, perfumados de jazmín y los altoparlantes de la sabiduría.

Aquí debemos advertir, para la perfecta comprensión de nuestra historia, que los únicos seres que no pudieron ser barridos por los glóbulos hermafrometálicos fueron las ardillas. Estas pequeñas snobs de los pinos, estas comedoras de luto, estas fabricantes de motores a corazón, estas paladeadoras del dolor, estas decapitadoras de las hermanas de los incas, estas inventoras del viento norte, se paseaban sobre los desiertos del racionalismo, burlándose de los glóbulos hermafrometálicos. Les hacían sentir el aroma de lavanda e imitaban los gritos y los cantos de los buhos, de los relojes y de los curas, de tal modo que los glóbulos temblaban como nosotros ante los espectros. Servían salchichas descentradas y mostraban imágenes vergonzosas del tiempo de las revoluciones cuando los bur-

gueses se empecinaban en defender y propagar su lepra ultravioleta. Entonces los glóbulos enrojecían y los coladores que las protegían contra toda metafísica empezaban a estornudar como cuentos de hada. ¿Quién podía garantizar a los glóbulos hermafrometálicos que las ardillas no poseían un poder cabalístico y que de un instante al otro no harían surgir praderas materialistas llenas de miosotis y de confesionarios? ¡Ah! Estas pequeñas vengadoras y revendedoras de la melancolía, estos sacerdotes del buen comer, eran enemigos encarnizados del Antonismo y del Josefismo, de la higiene y de las matemáticas.

¿Por qué razón hemos olvidado hablar de América y de Asia? Debía de haber alguna razón para semejante olvido. No había razón alguna para tal olvido. América se convirtió en un suspiro perforado. El Asia se convirtió en un fuego fatuo sutil y prestidigitador. Así, pues, los cinco continentes no ladraban más en las noches de luna.

Para la perfecta comprensión de nuestra historia, debemos contar al lector lo que sucedió una tarde del año $O^{3} Z^{7}$.

Rose Marie se paseaba por las selvas flúidicas. contemplando en pequeños espejos de centellas sus hermosos labios indefrisables, cuando de repente encontró una vieja caverna olvidada. La curiosidad, esa virtud de los ascensores y de los timbres eléctricos, la hi-

zo penetrar en sus laberintos. Después de mucho andar en las tinieblas, encontró tendido entre las rosas el cadáver petrificado de un viejo lobo del aire, con la pipa aún humeante entre los labios y el rostro quemado por los soles inocentes de la prehistoria filosófica.

Rose Marie sentía las atracciones generatrices y los imanes genitivos de José, y, como es natural, corrió a contarle su hallazgo. Todo el mundo sabe que los Josés, gracias a una larga experiencia, a sus instrumentos constantemente perfeccionados y a la excelencia de sus métodos, producen un calor capaz de satisfacer plenamente cualquier exigencia. Pero la experiencia que antes nacía sólo en la punta extrema de cada cabello blanco y que ahora nace tres meses antes que ellos empiecen a echar raíces, les ha enseñado a evitar los momentos peligrosos y salvar dignamente las dificultades por medio de un simple deslizamiento de dos piezas aisladoras, la una contra la otra, lo que produce una protección eficaz y permanente de sus propiedades climatéricas íntimas y reduce a la nada todo los ataques. José, seguro de sí mismo, siguió a Rose Marie en medio de la selva flúidica y bajó con ella hasta el fondo de la caverna perdida. Allí, como podía preverse, la discusión estalló.

—Te afirmo que no es un viejo lobo del aire— dijo José—. Es el futuro soldado desconocido.

—Desengáñate— exclamó Rose Marie desdeño-

sa—, no cabe duda de que es un viejo lobo del aire; mira cómo la pipa humea entre sus labios y cómo sus manos tienen forma de aterrizaje forzoso.

—Yo no veo tal aterrizaje forzoso y en cuanto a la tal pipa, ella no es sino un cometa que le cuelga de la boca, o, si prefieres, una especie de vómito de fuego en el cual se ve una brújula que marca noventa años, después del nacimiento de José. Sostengo que es el futuro soldado desconocido; mira cómo le brotan medallas sobre la nariz y observa su sonrisa socarrona.

—Imposible. Si fuera el futuro soldado desconocido, daría evidentes signos de vida. Además, eso probaría que iban a haber aún guerras, lo cual es un grave error científico, como tú sabes.

—Nunca he dicho que sea el soldado desconocido de futuras guerras nuestras, no me tomes por imbécil, digo que iba a serlo de las guerras de los hombres, y no alcanzó a realizar su sueño, porque la muerte le sorprendió antes de la última guerra.

Para la perfecta comprensión de nuestra historia, debemos decir al atento lector que esta terrible discusión removió las fibras armoniosas del futuro soldado desconocido, el cual, despegando sus labios de mármol, dejó caer la pipa y cantó esta hermosa canción:

Yo he visto dos ardillas
Haciendo morisquetas

Ordeñar un sepulcro
lanzando palanquetas.

Por qué razón el paraguas
Ha bajado de los cielos
Por qué razón las ardillas
Se escobillan en sus vuelos.

Por qué la guerra que yo espero
Se perdió en el bosque espeso

Después de entonada la última palabra, se oyó un disparo de cañón y un disparo de sombrero. Al mismo tiempo, toda la caverna se llenó de estalectitas de honor.

Por la misma razón, Rose Marie sobrepasó la medida de un metro y se convirtió en Carolina, lo cual obligó a José a salir con ella fuera de la caverna y conducirla hacia un Antonio que sería entonces más propio para ella, pues sabido es que los Antonios deben casar con Carolinas y los José con Rose Maries.

Carolina y Antonio se abrazaron llorando de alegría en medio de un llano que giraba en torno de su eje, como una hoja a merced de las poleas del viento que pasa sin saludar.

En esos momentos de amor, una deplorable regresión hacia los tiempos históricos apareció en esos se-

res revolucionados y posthistóricos. Lágrimas con pelos les brotaban desde el interior de sus glóbulos, termómetros de savia ascendían en torbellino por el magma de sus cuerpos. Se frotaban sus glóbulos con un ruido que casi recordaba los antiguos besos y en una fiebre de fidelidad, catorce flechas alfa les atravesaron de parte a parte, produciéndoles un deleite desconocido e intraducible.

Carolina, mirando a José con un aire atlántico, exclamó:

—Disculpa, José, yo no puedo amarte, pues tú eres varios y yo me he convertido en exclusivista.

José permaneció mudo y clavado en el suelo como una lámpara de amargura, con las orejas radioactivas vueltas hacia el horizonte. Ante ese espectáculo de ternura incomparable, se sintió cogido por un rayo ultratango que le lanzó al espacio contra un eclipse y se rompió en mil pedazos.

Un gran relámpago salido de las alturas se alejó creciendo como el más bello juramento de amor.

Para la perfecta comprensión de nuestra historia, aquí debemos terminar nuestra historia.

El jardinero del Castillo de Medianoche

(*Novela policial*)

Al oír un grito desesperado, los vecinos corrieron a la casa vecina. La puerta y las ventanas estaban cerradas. La puerta fué violentada, y al pasar el umbral los vecinos quedaron petrificados por el horrible cuadro que apareció ante sus ojos. Un cadáver estaba allí tendido con la boca abierta y los brazos más abiertos aún. Debido a su pequeño acento de *sale étranger*, se podía adivinar que la víctima era un suizo.

A fuerza de largas investigaciones, se llegó a la conclusión de que el cadáver presente, no había muerto de muerte natural, sino que había sido asesinado por un ser misterioso. Se veía sobre la punta de su lengua la extraña picadura de un animal o de un insecto, tal vez un escorpión hipnotizado por el inmundo criminal.

No era difícil percibir en la habitación las señales de una lucha evidente. En el techo se veían clavadas las obras completas de Racine, Corneille y Moliére. El tintero estaba lleno de sagre; en la mano derecha de la víctima, crispada por la muerte, se encontraba una larga barba recién arrancada y en la mano izquierda una carta de visita con el nombre Félix Potin, escrito dentro de un triángulo rojo.

Los vecinos corrieron en busca de la policía. Al volver acompañados de dos jueces, cinco detectives y catorce policías, encontraron el departamento en perfecto orden y arrendado al Sr. Charles Dupont, honrado representante viajero del Depot Nicolás.

Los policías estaban desconcertados, cuando de pronto uno de los dos detectives aficionados mostró a los tres detectives profesionales la silueta de un hermoso yate que pasaba flotando, como a la deriva, sobre el Támesis. El yate llevaba entre sus labios una magnífica pipa que todos reconocieron en el acto, como la pipa del célebre detective Alfonso Trece.

Como el lector debe de haber comprendido, Jorge Quinto acababa de ser asesinado. ¿Quién le había asesinado? ¿Eran acaso los boy scouts ingleses? ¿Era la mano negra de carbón de los carbonarios italianos? ¿Era tal vez la Legión de Honor polonesa? Pero ¿cómo asegurarlo? Se necesitaba aclarar el misterio antes de lanzar a los cuatro vientos semejante acusación.

El perro lobo, consciente de su deber, se puso una barba y sus anteojos de carey, cogió su pipa y un violín que había servido en otras ocasiones al célebre pintor Ingres. Así disfrazado, se lanzó en busca del asesino. Debemos advertir que ese disfraz le asemejaba de un modo perfecto al señor Charles Dupont en persona.

Guillermo Segundo, más muerto que vivo, se lanzó también por su cuenta en busca del criminal. Quería descifrar el misterio, fuere como fuere, o acaso alejar de su persona toda sospecha. Detrás de cada oreja llevaba una bandera de la Legión de Honor polonesa (esto para inspirar confianza a los maliciosos). Sobre la cabeza llevaba un saco de sardinas noruegas y bajo sus pies almohadones de plumas verdes. Así, perfectamente ataviado, se lanzó a todo galope tras la pista del asesino.

Se veían pasar a una velocidad diabólica y moderna toda clase de motocicletas, una detrás de otra, doscientos automóviles, sesenta y siete aeroplanos, perros policiales, palomas mensajeras, caballos árabes, varios hábiles skieuers, tortugas privadas de Scotland Yard, langostas fritas de la rue de Saussais, etc. Todas las policías del mundo habían sido movilizadas. Teléfonos y telégrafos no descansaban un momento enviándose señales sobre el presunto asesino. Los periódicos de todos los países estaban llenos de detalles del horrible crimen y chorreaban sangre de la víctima.

La sombra del asesino se deslizaba por todas partes, pero permanecía en las sombras. El miedo había invadido los hogares. Las mujeres rompían el entablado de los pisos para esconder la cabeza, los niños se mecían en las más altas lámparas y lloraban sin cesar toda la noche, llamando a los papás que habían subido sobre los tejados a escrutar el horizonte. Sólo las sirvientas, esas muchachas desnaturalizadas, se dejaban violar por los palomos mensajeros en sus jaulas doradas.

Era una bella noche de verano. La luna de Austerlitz brillaba en el cielo. El jardinero Schiller había entrado aquella tarde en el castillo con el pretexto de cortar muebles y barrer los caminillos y los árboles. Para no ser reconocido y tener un aire inocente se había vestido de Pére Noel. A cada paso que daba se volvía hacia atrás receloso y barría sus pisadas con un erizo de los mares del sur. A veces levantaba la cabeza y hacía signos luminosos con un cuerno de caza. De pronto se oyó el eco de una respuesta lejana y casi al mismo instante se abrió una ventana del cuarto piso y un canguro entró en la habitación de la marquesa, la cual lo mismo que el canguro estaba disfrazada de policía internacional. Se oyó un grito desesperado, siniestro, que salía del subterráneo. El canguro y la marquesa cayeron desmayados antes de proferir una sola palabra. El jardinero exhaló una especie de gemido en su

cuerno de caza, y una paloma mensajera le entregó un papel plegado con tres líneas escritas a máquina.

Dos ojos escondidos detrás de una cueva de ratones seguían ávidamente todos los movimientos del jardinero. La luna de Austerlitz bajaba en el cielo, y un lacayo imitando a Lloy George y a Woodrow Wilson, atravesaba un sendero del jardín llevando un ramo de orquídeas y profiriendo grandes palabras. Los ojos escondidos que seguían esta escena sin perder un detalle, se cerraron de repente y aparecieron mirando por el ojo de la cerradura de la caja de caudales del Leviatan que subía por el canal grande de Venecia, rodeado de canciones de mandolina. Los ojos misteriosos volvieron a cerrarse y aparecieron otra vez en la cueva de ratas del Castillo de Medianoche. La marquesa no había aún vuelto de su viaje y el canguro seguía durmiendo sobre su hermosa cama Luis XV. Luis Quince tomaba desayuno en la pieza del lado, rodeado del jardinero y de sus doce hermanos, todos disfrazados de santos de nieve. Uno a uno fueron levantándose y golpeando por turno con un martillo una gran campana de plata. Así sonaron doce campanadas. El último, viendo que no había más campanadas en la campana, abrió la ventana y se lanzó al vacío.

Después de haber seguido estas escenas, los ojos misteriosos se cerraron en la cueva de las ratas y se abrieron al fondo de un obscuro corredor del Vaticano.

El Cardenal Pitelli gritaba a voz en cuello:

—Atrás, infames. No tenéis vergüenza, cinco contra uno. A mí, caballeros. Aquí la guardia suiza. Diez puñales traidores sobre el Papa. Corred, corred.

Una hora más tarde, los periódicos de Italia anunciaban en grandes titulares, la triste nueva: "Dos metecos: un francés y un turcomano, seguidos de varios secuaces, han asesinado al Santo Padre".

Los ojos misteriosos, después de presenciar la tremenda tragedia y de leer su confirmación en los diarios, se cerraron más rápidos que nunca y volvieron a abrirse detrás de un reloj en forma de triángulo de Salomón, en el salón secreto del Gran Oriente Internacional. Siete ancianos, metidos en largas togas de fantasma, discutían en voz baja sobre un mapa del mundo.

—Señores, debemos bajar del Himalaya a las doce de la noche y presentarnos de sorpresa, cuando nadie pueda sospechar...

—Aprobado

—Aprobado

—Eso es, presentarnos de sorpresa.

—Bajeremos del Himalaya en bicicletas silenciosas y perfumadas, a las doce de la noche.

Apenas oídas estas palabras, los ojos misteriosos se cerraron y un minuto después se abrían en la cueva de las ratas, en el jardín del Castillo.

Un árbol inmenso había crecido en medio del jardín. Se oía un ruido extraño en el interior del árbol. Evidentemente no era el ruido musical de la savia, pues a veces se oían vagos gemidos y las ramas se estremecían sacudidas por largos sollozos.

El jardinero Schiller miraba inquieto hacia todos lados. De pronto se acercó al árbol y murmuró:

—Querido Goethe, ¡que me importa a mí el Papa! He aquí la cuerda con la cual le habían atado. Un trocito de esta cuerda trae buena suerte. Te la puedo dejar, como último precio, en dieciocho francos.

Al mismo tiempo, el rostro de la marquesa apareció en el balcón y se volvió al interior gritando:

—Un aerolito, un aerolito. Absalón, Absalón, un aerolito.

—Lo vi — respondió una voz dura —; los francmasones, ya te he dicho, los francmasones.

Oyendo estos gritos, los ojos misteriosos vieron abrirse el piano de cola y caer un ancla, que se clavó en el fondo de la alfombra. Una sirena silbó desde el piano, e inmediatamente después se oyó golpear las puertas y el ruido de pasos, subiendo las escaleras y recorriendo los corredores. Los ojos misteriosos vieron abrirse la puerta y un ciento de canguros vestidos con el uniforme azul horizonte de los soldados franceses, desaparecieron en el piano. ¿Era ésta la armada gloriosa que había combatido bajo las órdenes del rey

Dagoberto en Poitiers sur Seine? La gloriosa armada bajó las escaleras del piano que conducían a dos pies mecánicos, los cuales formaban los cimientos del Castillo de Medianoche. Cuando los canguros llegaron por el interior a los dedos de los pies que eran largos como Broadway y llenos de bares y cabarets luminosos, las piernas empezaron a andar.

Los cabellos de los ojos misteriosos se pusieron de punta ante tal espectáculo y los ojos se cerraron para abrirse casi instantáneamente en la cueva de ratas del jardín. Vieron el mar y las palmeras y oían los gritos de los croupiers de Montecarlo: Faites vos jeux, faites vos jeux.

El oro inglés corría sobre las mesas y compraba todas las ciencias.

A orillas del mar se veía desembarcar cien maletas, en las cuales se encontraban los cadáveres, aún palpitantes, de los cien canguros recientemente asesinados por orden de los jesuítas.

La marquesa con un cinismo de princesa prusiana, se sentó al piano y cantó el Fox-trot funerario de Schubert.

El kaiser de Montecarlo, apareció vestido de sacerdote egipcio, cogió las cien maletas, las cargó sobre otros tantos aviones, los cuales después de haber girado tres veces en torno al faro, volaron hacia Moscú.

Los ojos misteriosos se cerraron ante este cuadro

doloroso, para abrirse en un cajón del escritorio del Jefe del Guepeú.

Stalin salía del Kremlín. Por entre los barrotes del tragaluz subterráneo, lanzó un queso, envuelto en un número del Intran al último Romanoff, que, atraído por el fuerte olor del periódico, corrió al paquete, abrió el queso y se sentó a leer ávidamente un artículo admirable sobre la pintura francesa.

Los ojos misteriosos se cerraron con un suspiro desolado y se abrieron detrás de la tercera máscara negra del Museo del Trocadero de París.

Ante un magnífico monolito de la isla de Pascua, el General de los Jesuítas, explicaba a la mariscala Citroen, la horrible lucha de los misioneros contra los indígenas en las islas del Pacífico y cómo los jesuítas se habían devorado a los últimos antropófagos.

Se veían pasar por las salas en traje de gran gala y unos en pos de otros, diversos personajes y personalidades del nuevo mundo literario y artístico. Todos los célebres Antonios desfilaron ante los ojos misteriosos: Mrs. Antoine Duchamp, Antoine Schoemberg, Antoine Matisse, Antoine Picasso, Antoine Picabia, Antoine Braque, Antoine Strawinsky, Antoine Brancussi, Antoine Mondrian, Antoine Eluard, Antoine Lipchitz, Antoine Torres García, Antoine Miró, Antoine Masson, Antoine Aragon, Antoine Varese, Antoine Ernest, Antoine Vitrac, Antoine Leger, Antoine

Tzara, Antoine Gleizes, Antoine Breton, Antoine Klee, Antoine Crevel, Antoine Helion, Antoine Gropius, Antoine Laurens, Antoine Jolas, Antoine Giacommetti, Antoine Calder, Antoine Corbussier, Antoinette Dreier, Antoine Sima, Antoine Daumal, Antoinette Doesbourg, Antoinette Tauber, Antoine Marcoussis, Antoine Kandisky, Antoine Chagal, Antoine Zervos y los Antoines de los Antoines: Antoine Huidobro y Antoine Arp, que se distinguían por el alto talle de sus ojos, la elegancia de sus dientes, la lucidez de sus cabellos.

De pronto la mariscala Citroen y el General de los Jesuítas dejaron caer sus ropas y pudo verse que la mariscala Citroen era el General de los Jesuítas y que el General de los Jesuítas era la mariscala Citroen. Pero observando con mayor atención, se pudo afirmar que ambos no eran sino el único y famoso jardinero del Castillo de Medianoche.

Entonces, en medio del silencio y de la consternación general, el jardinero gritó:

—Los Antoines, firmes.

Les hizo colocarse a todos en dos filas regulares y todos partieron al son de una marcha militar.

Somos los Antoines y las Antoinettes.

Somos los sobrinos de Mistinguette.

Ante esta triste escena los ojos misteriosos se separaron indignados. El de la derecha partió al Brasil

para hacerse plantador de café, y el de la izquierda cogió un taxi y se hizo conducir a la plaza de la República.

Viendo desaparecer a lo lejos los ojos misteriosos siguiendo su destino, en lo más alto de la Torre Eiffel tres voces discutían a grandes gritos:

—Es el Papa Negro.

—No, son los francmasones.

—Probaré que son los bolcheviques.

Pero habiendo desaparecido los ojos misteriosos que seguían los crímenes, los crímenes también desaparecieron y todas las madres de familia pudieron dormir tranquilas.

La cigüeña encadenada

(*Novela patriótica y alsaciana*)

La Alsacia, como su nombre lo indica, es un país llamado a los más altos destinos. Es el país más limpio del mundo; cambia sus camisas sucias cada treinta años. Digiere sus banderas como su exquisito Paté de Foie de piano, célebre en toda la tierra. Su delicioso queso oliente a violín Stradivarius, su Munster de Luna creciente sirve como brújula para encontrar en las capas geológicas del mundo la raza *poloise,* tan conocida por el *esprit polois.*

De estas capas geológicas propias, ellos importan en toneles su lengua *poloise* y los nudos de corbata cabezal de las campesinas alsacianas, sólo llevados por Madame Chenille en las grandes ocasiones de las grandes guerras.

Aunque los cigüeñenses comieron durante un tiempo el imponderable Paté de niños belgas, no han perdido, sin embargo, la pureza de su lengua *poloise*, en la cual, desde los tiempos de César como todos sabéis en vez de *sí* se dice *ya,* y en vez de *no* se dice *nein.*

—Ya, ya, nein, nein gritaba la voz sonora de Hans Gunter, que se paseaba con su fusil cazando jabalíes sobre las cornizas y entre las gárgolas de la catedral de Estraburgo.

El pobre Hans erró el último disparo, y en vez de matar un jabalí de dos toneladas y media, mató un magnífico cuadro bíblico del gran pintor Henner. El cuadro que se alejaba flotando sobre el río Yll, recibió el tiro en pleno corazón, pero como estaba firmado Herman Chatriam, se pudo ver que era un himno musical. Ayudado de un imán, Hans Gunter lo sacó del agua y sirviéndose de la respiración artificial de repetidos masajes e inyecciones de coramina, pudo volverlo a la vida. Su primera palabra al reabrir los ojos fué una pregunta angustiada:

—¿Cómo está mi madre patria?

Pero como Hans Gunter sólo comprendía el *polois,* respondió:

—Ya, ya, Berlín es una gran ciudad.

—No — contestó el poliglota herido —, yo pregunto por Babilonia. Quisiera saber si los tigres de

bengala o los fuegos fatuos han devorado a la Ciudad Luz (1).

Apenas pronunciadas estas palabras, la Ciudad Luz, a caballo sobre un arco de triunfo alazán llegó a todo galope.

—Bonjours, Monsieur et Dame. ¿Ustedes hablaban de mí, Monsieurs et Dame? ¿No es verdad Mr. et Dame?

Hans Gunter, para hacerse entender mejor, respondió en latín:

—Aquí no hay Monsieur et Dame; sólo hay bosques y catedrales domésticas.

La selva, con las manos encadenadas por el agresor, pedía auxilio. Entonces la catedral, Hans Gunter, la Ciudad Luz y el poliglota herido se pusieron sus hermosos monóculos en el ojo derecho y vieron la terrible batalla que se libraba no lejos de allí, como de costumbre.

La batalla de Hastings ardía y tronaba. El señor Hastings en persona dirigía el combate. Tres capas de cadáveres cubrían el suelo. Cada capa estaba se-

---

(1) La Ciudad Luz era célebre por sus luces, por sus W. C. ultra modernos, un hoyo en el suelo, sobre el cual se hace caca en equilibrio o planeando, como conviene en este siglo del deporte y la aviación, por la avaricia de los extranjeros y la generosidad de sus hijos, por la estupidez de los extranjeros y la inteligencia de sus hijos y sus nietos, por sus ascensores, siempre en *Arret Momentané*, esos ascensores en los cuales sólo cabía la dueña de la casa y la mitad de su marido, tan diferentes de los otros ascensores de rastacueros, donde caben dos o tres familias, etc.

parada de la otra por una rebanada de jamón. Grandes olas de heroísmo montaban hacia las nubes amenazando con tragarse todos los teatros y los barcos que huían bajo las órdenes del capitán Aníbal y el teniente Nelson.

Para un noble corazón de soldado, era algo admirable ver cómo el viejo general Moltke ponía en fuga a los mámaros. Huían dando gritos de bailarinas diplomadas. Entretanto el pequeño caporal que acababa de desembarcar de la isla de los Cisnes con tres regimientos de soldados, aún no desconocidos, atacó violentamente la falange de elefantes blancos de Cayo Graco.

Moltke empezó a retirarse protegido por la flota de Coligny. El asalto a la bayoneta de nuestros valientes trescientos mil alpinos, apoyados por nuestros incomparables 68 y la caballería de nuestros invencibles meridionales, había empezado a las seis de la mañana. A las siete llegaban nuestros heroicos diablos amarillos, seguidos de cerca por nuestros indomables tirolianos. La Legión Extranjera, compuesta de miles de inmundos metecos, había perdido todos sus extranjeros. En su sitio, el general Hernan Cortés había colocado nuestra intrépida Legión de Honor.

El cañón tronaba, un diluvio de balas caía desde cuarenta días y cuarenta noches, un muro de obuses avanzaba lentamente hacia el centro del mundo. Este

muro estaba decorado con frescos y bajorrelieves de la gran época egipcia y algunos cuadros de batallas históricas para despertar el entusiasmo de nuestros valientes soldados. Por medio de rápidos ascensores, se subía hasta el punto culminante de la parábola descrita por nuestras balas y desde allí se podía contemplar el efecto desastroso que hacía nuestro fuego nutrido en las filas enemigas. Pequeños panteones flotaban en el aire y se veían frescas coronas y ramos de flores sobre las tumbas de mármol.

El poliglota herido bostezó y luego contó a Hans Gunter que últimamente había visto en nuestra ilustre Babilonia una representación teatral en la Gran Opera a beneficio de los primeros mutilados de la guerra, en la cual se demostraba claramente que las provincias cautivas nos han amado siempre con el afecto sincero de su seguro servidor. Al levantarse el telón vimos dos cigüeñas encadenadas que después de haber oído un hermoso y maternal poema recitado por Madame Troisieme Weber, vestida de Caterine (traje que representa a nuestra amada patria) lloraban amargamente. Sus lágrimas subían de punto o echaban punto al oír el verso que decía:

Hijas, he aquí mi pecho
Os aguardo con los brazos abiertos.

La señora Troisieme Weber abría sus brazos más grandes que la Australia y las dos cigüeñas encadenadas que, como el lector habrá comprendido, representaban las provincias cautivas que todo país posee en el extranjero, estallaron en gritos desolados, dirigiéndose a Madeleine (qué simboliza nuestra amada patria).

—Madre, libértanos, Madre, pronto volveremos a tu seno.

Después de esta delicada historia del poliglota herido, la Ciudad Luz advirtió que era bastante difícil hacer comprender a los *polois* cautivos todas las amarguras que ella había sufrido.

De tiempo en tiempo se oía aún las voces de las cautivas:

—Madre, rompe nuestras cadenas. Mamá, libértanos del yugo extranjero.

—Mamá, queremos volver a tu seno tibio y perfumado.

La Ciudad Luz retiró su monóculo y dijo a sus amigos:

Los cigüeñenses nos han hecho sufrir tanto. Cada vez que queríamos explicarles nuestro martirio, respondían cantando la vieja canción de los turistas:

La Cigüeña e mobile
Cual piuma al vento.

La catedral, Hans Gunter y los jabalíes lloraban sin consuelo al oír la historia de semejante dolor.

Volvían a oírse los gritos de las cautivas:

—Mamá, mamá, me hice pipí en los calzones.

Los relojes de la Selva Negra y los quesos mámaros respondían: Cucú, cucú.

El poliglota herido intervino ante los grandes escritores, Vicente Arp y Hans Huidobro, para suplicarles que no olvidaran el tono superior y noble que debe tener una historia histórica.

Todo lector de los periódicos *polois* sabe reconocer ese tono por su olor a biombo y su sabor a limonada de salchichas gaseosas.

En vista de lo cual, los estimados artistas y queridos colegas Huidobro Arp y Hans Vicente arrancaron las piedras de nieve de sus ojos y las reemplazaron con oriflamas de lises y lotos que inmediatamente echaron raíces en ese buena tierra vegetal y crecieron como cuatro antenas recibiendo las ondas de valses guerreros y de las últimas batallas.

Nuestros heroicos soldados habían sido vencidos por los fugitivos mámaros. No hay ni qué decir que nosotros éramos superiores desde todo punto de vista. Nuestra inteligencia franca, clara, frente a la hipocresía habitual de los pesados mámaros que se vanagloriaban de ser capaces de vencernos en tres días con sus ochenta miserables cañones, punto de vista

absolutamente falso y ridículo, pues fuimos vencidos en dos horas y por treinta cañones, lo que prueba su ignorancia estratégica. Los desgraciados vencedores ni siquiera supieron aprovecharse de su victoria. Apenas lograron destruírnos algunas plazas fuertes y tomarnos Londres, París, Berlín, Madrid, Roma, Viena y Praga. Nosotros conservamos siempre Concarneau, Albacete, Sorrento, Hull, Francfort, Delft y Montecarlo.

Con cuánta razón nuestros diarios hablaban del misterio inexplicable de la derrota. Nuestra superioridad de raza es indiscutible. La elegancia y la belleza de nuestras mujeres no tiene rival en parte alguna. El talento agudo de nuestros hombres, su esprit, ¿cómo puede compararse con la inteligencia nebulosa y grasienta de los mámaros, de raza impura y sin tradiciones seculares? ¿Por qué razón fuimos vencidos? ¡Qué insondable misterio! ¿Por qué fuimos vencidos? ¿Fué a causa de la crisis financiera y artística? ¿Fué a causa de la falta de ejercicio metódico en nuestras tropas? ¿O acaso a causa de que nuestros soldados no habían tomado su aperitivo aquel día? Imposible explicarse la derrota. Ella quedará como una incógnita en la historia.

La catedral, Hans Gunter, la Ciudad Luz, el poliglota herido y la Selva Negra bajaron de la plataforma de la catedral. A fuerza de dar vueltas y más

vueltas, se convertían en carrouseles, de sus estómagos salía una música alegre e infernal, pequeños trineos les crecían en los callos de los pies y cientos de trompos giraban en torno de ellos. Se producían enormes torbellinos en los cuales los generales Aníbal, Nelson, Moltke, Pompeyo, Hernán Cortés, Napoleón, fueron devorados y salieron transformados en ojales con rosas.

La Alsacia, habiendo invadido a la Lorena, y los lorenos completamente derrotados, la guerra terminó.

Una vez terminada la sangrienta pesadilla y todo el mundo en paz, no había más que prepararse para la nueva guerra.

La repartición de medallas, condecoraciones y caramelos conmemorativos duró seis meses.

La construcción de monumentos de victoria en forma de águila, citrones, gallos, mocos, paralepípedos, sabañones, relámpagos, etc., ocupó otros seis meses. Se fijó la fecha de los aniversarios gloriosos y todo el año siguiente fué día de fiesta, todo el año se vió cruzado de cabalgatas floridas, de procesiones que giraban en torno de cada monumento. De todos los rincones del mundo venían grupos diversos a colocar como homenaje ante esos símbolos de la gloria, conejos embalsamados, coronas de cigarrillos turcos, canarios domesticados, bisteques melodiosos dentadu-

ras de vírgenes, anafes de petróleo patinados por los siglos.

Los olivos de la paz florecían en los sombreros de todos los hombres y en las medias de todas las mujeres. Todo el mundo estaba contento y bendecía el nombre de los grandes jefes que les habían conducido a la guerra. El etalón oro había caído bajo el talón de las pantuflas o babuchas o chinelas. Millones de obreros sin trabajo cantaban felices al son de sus guitarras bien comidas, a la luz de la luna. Los periódicos de los diferentes países hablaban de los encantos de la próxima guerra, insultaban al futuro enemigo que era proclamado asesino, bandido, vampiro, lamedor de cementerios, violador de selvas vírgenes y de fetos, bárbaro cavernícola, Atila, necrófilo, mutilador de gulf streams, ladrón de volcanes y de péndulos, cobarde sembrador de pulgas intoxicadas y tantas otras cosas difíciles de anotar de paso.

Entre tanto, en las ciudades y en los campos las gentes comían deliciosas velas, cerrojos en salsa Pompadour, ensaladas de llaves ganzúas, jergones a la mayonesa, corbatas a la crema y chirridos de puerta a la Duncan. Bebían glicerina helada, el sudor de sus frentes y leche de perra terranova con tinta Parker.

En esos años maravillosos, las finanzas marchaban de mejor en mejor, como siempre después de las guerras; esto sobre todo, gracias al magnífico plan

Dupont, luego mejorado por el eficaz plan Schulzl, el cual a su vez fué superado por el plan Eggg, el cual aún fué mejorado, aunque parezca imposible, por el plan del Presidente Cheese y el de la coronela Checkmate. Estos planes se ocupaban de resolver todos los problemas económicos y familiares, principalmente la compra de materias tías y materias últimas, tan necesarias a la fabricación de derivados, reemplazar el pan por ampolletas eléctricas, los pollos por virutas de espejo, las langostas por anteojos de cura.

En aquel entonces se creó la gran Sociedad de las Visiones. Era este un centro internacional de unión y de concordia un tribunal superhumano cuya sede se estableció en la punta del Tupungato. Allí se pronunciaban hermosos discursos insecticidas, mientras los miembros de la organización oían religiosamente balanceándose en sus columpios bajo los árboles atentos. Llamó mucho la atención el discurso del gran orador Pérez, sobre el arte delicado del *voyeur,* la manera de abrir un agujero en el muro de un hotel, mejor aun de una honesta casa de tolerancia y ver todo lo que pasa en el cuarto vecino. No menos espléndido fué el discurso del delegado Cook sobre los efectos insuperables de la cocaína y la morfina, muy recomendada para los octogenarios y sobre todo, en la lactancia de los nonagenarios. Pronto la Sociedad de las Visiones dedicó

todas sus energías a componer dulces berceuses y canciones para las primeras comuniones.

Un día de calor, la Sociedad se diluyó completamente. Sólo quedaron en algunos asientos, pequeños pedazos de hielo que fueron empleados en la fabricación de refinados cockteles.

Poco después acaeció un hecho de suma importancia: la muerte del héroe de la Inmensa Guerra, el mariscal Duval. Su entierro fué algo sublime. Raras veces se había visto semejante espectáculo. Millones de personas asistieron a sus funerales. Todas las tropas desfilaron con sus banderas, sus trofeos y sus abuelas. El féretro del mariscal iba colocado en la punta de un cañón. A cada cañonazo, el féretro saltaba al cielo y volvía a caer a su sitio con una precisión maravillosa, como las pelotitas de carey en los chorros de agua. Detrás del ataúd del gran jefe, marchaba tristemente su caballo desnudo, el caballo que el héroe había montado en sus grandes batallas; más atrás seguía su perro favorito, aullando a la muerte, luego venía el gato de luto, el loro con los ojos llenos de lágrimas, marchando al mismo paso solemne de su canario tan amado. Después seguían sus zapatos, los últimos tres pares de zapatos que el mariscal había puesto en sus intrépidos pies, detrás, su bastón marchaba a la altura de la mano, su sombrero a la altura de la cabeza y el último cigarro fumado hasta la mi-

tad, el día antes de su muerte, marchaba afligido a la altura de la boca. Luego, bajo un inmenso palio y llevado por cuatro reyes, venía en un espléndido bocal de piedras preciosas la próstata del ilustre jefe. Seguían detrás, en el orden en que les nombraremos: el cardenal en velocípedo y diez obispos en bicicletas, la cámara y el senado en patines, el presidente y sus ministros y luego los académicos con sus cucharas envainadas debajo de la casaca verde limón.

En honor del mariscal y para perpetuar su memoria entre los hombres, todas las avenidas, las plazas y las calles fueron bautizadas con su nombre. En medio del entusiasmo general todos los ríos, las montañas, los árboles, las flores, los animales, los insectos, fueron bautizados Duval. Todas las familias se llamaron Duval. Dios fué honrado por los creyentes con el nombre de Duval. Los mejores platos en los restaurantes, y los mejores vinos, se llamaron Duval. Pronto todo se llamó Duval. Así la lengua fué extremadamente hermosa y simple. Cuando dos amigos se encontraban en una calle o en un bar, se hablaban en el más puro duval. Uno decía al otro:

—Duval, duval, duvalduval, duvalval.

Lo que antes se habría dicho: Es increíble el número de cochinos extranjeros que hay en el mundo.

El marido, al volver a casa, contaba a su mujer los acontecimientos del día:

—Duval, duvalduvalduval, duval, duvalduval, duval, duval.

Lo que quería decir en lenguaje vulgar: esta tarde perdí un guante en las Galeries Lafayette.

Su mujer le respondía:

¿Duvalduval duval, davuldu val, duduval? Duval, duvalduvalduvalduval, duval, duval.

Lo que puede traducirse así en lengua inculta: ¿No sería en otra parte? Te diré que la cocinera quemó el asado. Esto te pasa por llegar tarde.

A lo cual el marido contestaba, colérico:

—Duval.

Queriendo decir en el viejo idioma: mierda.

DOS EJEMPLARES DE NOVELA

VICENTE HUIDOBRO

Dos Ejemplares de Novela

POLLENZA 1932

Palma de Mallorca, agosto de 1932.

Señor Hans Arp.

Querido Hans:

Aprovechando mi estada en Barcelona, camino de Mallorca, en donde voy a pasar mis vacaciones, llevé a un editor, nuestras "Tres Novelas Ejemplares". El editor las encontró cortas para hacer un libro y me he visto obligado a escribir yo solo, otras dos más. Estas dos, que he titulado "Dos Ejemplares de Novela" te las dedicaré a ti en recuerdo de aquellas vacaciones, que pasamos juntos en Arcachón y de esas noches, cuando a la hora de la sobremesa nos entreteníamos en escribir juntos las tres novelas *tan* ejemplares que encabezan este libro. Aún tengo en los oídos tus risas y aún me parece ver esos relámpagos repentinos que iluminaban nuestros ojos en ciertos momentos.

Siempre creí imposible escribir un libro en colaboración con álguien y poder acordar mis instrumentos con los de otro. Contigo la cosa marchó tan bien, que no me lo puedo explicar sino por cierta confraternidad espiritual que es seguramente la razón por la cual nuestra amistad ha sido siempre sólida y sin manchas.

Muchos dirán al leer estas páginas que nosotros sólo sabemos reír. Ignoran lo que la risa significa, ignoran la potencia de evasión que hay en ella. Además creen que un poeta no puede presentar varios aspectos; tienen el alma monocorde y juzgan a los demás como son ellos.

Estas páginas no corresponden, claro está, a toda nuestra obra ni a todo nuestro ser integral. Son sólo una faceta de nuestro espíritu y mal nos juzgaría quien sólo a través de ellas quisiera vernos. Sin embargo hay en ellas algo más que risas y que burlas.

En mi pieza de teatro "Gilles de Raiz", hay una escena en la cual Gilles dice: "Si no riera en este instante, mi cerebro estallaría". Para cuántos hombres la risa es una válvula de escape salvadora como lo es el llorar. Cuantas veces habríamos estallado si no hubiéramos reído. El alma popular que posee tantas intuiciones lo ha indicado en uno de sus dichos más corrientes: "Estalló en carcajadas. Estalló en lágrimas". Esas frases encierran en sí un concepto más profundo que el que ellas creen poseer y que el que las gentes le atribuyen; tan profundo que se les ha pasado desapercibido. Ello significa que a veces estallamos en risas o en llantos para no *reventar*. Estoy cierto de que un día la ciencia podrá probar mi afirmación.

Pero ¿crees tú que vale la pena explicarse y explicar nuestras obras frente a posibles incomprensiones? Sabemos nosotros que nadie puede limitar nuestro campo y que la apreciación ajena sólo significa una piedra o una flor en medio de un continente o de un planeta. La poesía no está obligada a ser lo que ciertos señores quieren que sea o creen que es, ni lo que ellos ven en ella.

Un abrazo de tu viejo amigo que te quiere y te recuerda constantemente.

VICENTE HUIDOBRO.

El Gato con Botas
y
Simbad el Marino
o
Badsim el marrano

(*Novela póstuma*)

Colocado en la pared, siempre frente a mis ojos, tengo el mapa de Oratonia.

El país en que yo nací es sin duda uno de los países más interesantes que jamás han existido en el mundo. Es lo que se llama una gran nación.

Selvas de peso, montañas de cielo en pecho, ríos con toda la barba. Mi patria es la única patria digna de ser amada entre todas las patrias. Cundo yo veo un hombre nacido en otra patria, pienso para mis adentros: "¡cómo sufrirá de no haber nacido en mi patria! ¡Qué horrible desgracia!" No puedo dejar de compadecerlo con toda mi alma.

Mis compatriotas, es decir los otros habitantes que tienen la dicha de haber nacido en el mismo país que yo, son también los hombres más interesantes del mundo. Grandes, fornidos, de pelo verde y sin mo-

nóculo. Nacen con chaleco y a los once años les salen guantes naturales que desde entonces tienen que cortarse un poco cada diez días.

Los habitantes de mi país son todos oradores. Hay oradores cuya palabra perfuma las flores y hace madurar las frutas. Hay oradores cuya palabra enciende los cigarros; hay oradores que alcoholizan y embriagan a los cuales se va a pedir una frase de coñac o una frase de whisky o una frase de pisco y después de oírlos todos los escuchantes salen tambaleando y haciendo eses; hay oradores cuya palabra detiene los ríos, otros cuya palabra desabotona los gabanes o lustra los zapatos, etc. Pero entre todos los oradores se destaca el orador eléctrico, el que electriza, que electrifica y electrocuta. Su palabra enciende las ampolletas en las casas y los arcos voltaicos en las calles, ella hace correr todos los tranvías de la ciudad. Este no se detiene nunca de hablar. Si tal hiciera, todos se quedarían a obscuras, se pararían los tranvías; sería algo así cómo una huelga general. Tal acto sería un acto de sabotaje.

Al orador eléctrico se le cuida con un esmero nunca visto. Se le revisa a cada momento para que no vaya a tener tropiezo alguno ni el menor desperfecto. Cuatro obreros, que se reanudan cada tres horas, están encargados de aceitarle las mandíbulas. Se le nutre por el trasero con lavativas de sopa de al-

bóndigas, con erizos y huevos fritos, perdices en escabeche y muchas otras exquisiteces que su trasero de gourmet paladea y sabe estimar en lo que valen.

Para el caso de una pana imprevista, se tienen mil discos con su voz; pero se ha visto, después de repedidos experimentos, que con los discos los tranvías andan mucho más despacio y las ampolletas eléctricas pierden un 53 por ciento de su energía.

Hace algunos años que vivo lejos de mi país, pero la nostalgia me hace recordar sus paisajes y su conformación como si los tuviera siempre ante los ojos. Para consolarme de la ausencia, leo y releo su historia. Recuerdo su pasado, estudio su presente y trato de adivinar su porvenir.

En Oratonia hay tres grandes partidos políticos. El partido de aquéllos a los cuales les tiembla la mano derecha al llevarse una copa a los labios y que se llama el partido de los *sanvitistas;* el partido de aquéllos a los cuales les tiembla la mano izquierda y que se llama el partido de los *espiroquetistas,* y el partido de aquéllos a los cuales les tiemblan las dos piernas y que tienen el ombligo en relieve como un escapulario, estos se llaman los *tetraomblipernalistas*. Como este nombre era un poco largo, hoy el pueblo los llama los ponchistas, porque fueron desterrados a raíz de un complot a donde el diablo perdió el poncho.

Ese complot fué algo terrible y que puso al país

al borde del desastre total. Por allá por los años de Mari Aceituna, llegó a Oratonia el anarquista Juan Sabotero y empezó a tramar una conspiración contra el gobierno. Los conspiradores, todos miembros del partido ponchista, se reunían en un sótano abandonado, debajo de un galpón medio en ruinas que primero perteneció a los jesuítas, luego fué el escondite de una banda de monederos falsos, después fué un molino, cuyo dueño se suicidó y donde penaron las ánimas varios años, y por último perteneció a los francmasones. Allí se reunían todas las noches a las doce en punto los conspiradores ponchistas. Las conspiraciones se multiplicaban y se repetían de un modo inaceptable. Los espiroquetistas estaban entonces en el poder y la policía espiroquetista corría de un lado para otro sin poder descubrir la madriguera de los enemigos del gobierno.

El presidente había declarado rotundo: en Oratonia nadie conspira sino yo.

Un día, la audacia de Juan Sabotero pasó todos los límites y éste fué atrapado en el momento mismo en que arrojaba una piedra entre las mandíbulas del orador eléctrico. Sabotero fué cogido en flagrante delito y llevado a la cárcel entre los insultos y las amenazas de la muchedumbre que quería lincharlo. En la cárcel fué sometido a pequeñas torturas para hacerlo hablar. Se le leyeron algunos libros de autores céle-

bres, se le dieron sandwichs de caviar, se le hizo oír cuatro misas cantadas, se le quemaron los ojos, le mutilaron la nariz, le rajaron el vientre, le cortaron la cabeza, los brazos, las piernas, luego le arrancaron la lengua, le arrojaron en una caldera de plomo derretido, le ataron a la cola de un potro salvaje, le mostraron sesenta y siete cuadros de los más famosos pintores, le hicieron oír dos conferencias, le dieron jamón con crema de fresas, etc. Al fin Juan Sabotero confesó todo, dió los nombres de sus cómplices y el sitio de las reuniones clandestinas. En premio de su traición, se le puso en libertad inmediata y se le prometió una cartera de ministro para tenerlo grato y que no conspirara más. Al salir de la cárcel, Juan Sabotero se sacudió como un perro que sale del agua y se alejó silbando calle arriba.

Esta es la historia de la famosa conspiración que costó la vida a muchos miles de ciudadanos como el lector se habrá percatado.

Entre tanto los sanvitistas, aprovechando que los espiroquetistas estaban ocupados en sofocar a los ponchistas, asaltaron el palacio de gobierno y se tomaron el poder.

A los pocos meses de estar los sanvitistas en el poder, empezaron a complotar contra el nuevo gobierno los espiroquetistas, que no podían resignarse con su derrota. Todas las noches se reunían en el famoso

sótano que había perteneeido a los jesuítas, a los monederos falsos, al molinero suicidia y penador, a la francmasonería y luego por tres meses a unos contrabandistas de cocaína.

En vano la policía sanvitista buscaba a los conspiradores entre cielo y tierra. No había modo de descubrir su escondite.

De repente estalló la revolución. Las tropas sanvitistas se batían heroicamente contra los espiroquetistas. El nuevo presidente de la república dirigía en las calles el ataque contra los revolucionarios.

Los ponchistas, aprovechando la confusión, se tomaron el palacio de gobierno y se instalaron en él. Después de tres días de batalla en las calles, cuando el presidente regresó triunfante al palacio de gobierno. se encontró con que el vencedor era el jefe del partido ponchista.

El presidente sanvitista fué apresado y condenado a cadena perpetua. Se le encadenó a las rocas del más alto picacho de la montaña. A sus piernas se ató un jaguar que debía devorarle eternamente las entrañas y digerirlas allí encima de sus narices. Así él, acosado por el hambre, debía comer esa digestión, que a su vez el jaguar tenía que volver a devorar y así eternamente hasta el fin de los siglos, como un ejemplo para la eternidad y un símbolo de la vida universal y

su interminable anillo semejante a la serpiente que se muerde la cola.

Los ponchistas, una vez en el poder y temiendo nuevas conspiraciones, decidieron convertir el célebre sótano de los descontentos en un hospital para parturientas amantes de la ópera italiana. Desde entonces, las parturientas amantes de la ópera italiana van a dar a luz en el nuevo hospital. Al llegar a la puerta del hospital no se les exige ningún documento. Ellas cantan una romanza de Aída, de Tosca, de Traviata o de otra ópera preferida, y pasan el umbral arrogantes y prominentes como conviene a sus condiciones raciales.

Por aquellos años sobrevino en Oratonia un terrible terremoto que derribó muchas casas y agrietó las tierras. Pronto se pudo comprobar que los comunistas eran los culpables de la catástrofe. Fueron apresados algunos dirigentes en cuyas casas descubrió la policía aparatos comprometedores: aldabas, anteojos, empanadas, un termómetro, un bidet, tres latas de sardinas, un diván, una alcachofa. Ante estos misteriosos objetos desfilaron todos los expertos del país y pudieron comprobar, después de un estudio minucioso, que ellos habían sido empleados sirviéndose de la ley de los imanes, de la variación del eje de la tierra y el grado de las mareas, para producir la catástrofe. Los comunistas fueron quemados, y a la

luz de sus cuerpos ardiendo se leyeron poemas patrióticos, y se bailó la danza nacional.

La calma volvió a reinar sobre la tierra. El país era una taza de leche, una especie de desayuno en la historia del mundo. El cielo era azul, el sol se levantaba sonriendo todas las mañanas y se dirigía optimista a sus labores diarias. Las tardes eran serenas. Las golondrinas reían a carcajadas en el espacio, jugueteando como colegialas. No había tempestades pues nadie había sembrado vientos. Grandes paraguas se balanceaban en el cielo tranquilo e inútil, pues la tierra era un cielo.

Pasados los días de epopeya, el país empezó a vivir días de idilio, de égloga y de acrósticos.

¿Cuánto duraría la paz y la tranquilidad? Los tiempos eglógicos no son muy largos. No debemos olvidar que la epopeya celosa nunca deja de interrumpir los idilios.

Oratonia, como todo país que se respeta, tiene su religión oficial. En Oratonia se practica el culto a la mosca. Por todas partes se levantan magníficos templos a la diosa mosca. Sus altares están siempre adornados de quesos, cornisas de jalea, ramos de miel, coronas de caca fresca y escupos maduros recogidos todas las mañanas en las bocas frutales.

En todo el país está estrictamente prohibido cubrir los guisos y los comestibles con rejillas de alam-

bre. El propietario de una carnicería, de un almacén o de un restaurante que cubre sus carnes, su mantequilla o sus quesos o sus jamones es condenado a quince años de presidio, sin más que un simple proceso verbal, y a veces hasta a la guillotina.

Cuando una mosca se para en la nariz o trota por el cráneo calvo de un circunstante, todos le miran con religioso silencio y el elegido se inclina de orgullo y de felicidad, bendiciendo al destino que le señala como amado de la diosa.

Los santuarios a la mosca han producido una arquitectura nueva y maravillosa. Algunos de estos santuarios son famosos por sus milagros y miles de peregrinos van a ellos en romería de todos los rincones de la tierra. Los sacerdotes de la mosca visten grandes capas de chocolate, el Sumo Sacerdote lleva además una alta torta de fresas en la cabeza y las religiosas largos velos de merengue.

En los años en que la cosecha de quesos es mala, se saca a la mosca en procesión e inmediatamente brotan quesos en gran cantidad en los sembrados y en las ventanas de las casas.

Cuando en las comidas de familia se ve en un plato una mosca muerta, en el acto se encienden dos velas y el jefe de la familia coge cuidadosamente el cuerpo de la diosa y lo coloca en los labios del más pequeño de sus hijos, porque sólo el inocente es digno

de comer el celeste manjar. Si en una casa no hay moscas, la casa es destruída y en su sitio se levanta otra más apta y mejor dispuesta a la voluntad divina. El propietario en cuya casa hay mayor número de moscas, es mirado con respeto por todo el mundo. Los vecinos bendicen su nombre, le saludan al pasar como a un santo y sus rivales palidecen de envidia.

¡Qué alegría para el trabajador intelectual cuando siente en torno a su cabeza el ronroneo de millones de diosas, el sagrado murmullo! El sabe que esto significa que su trabajo es agradable al cielo y que tendrá recompensa.

En cambio, ¡ay de aquél en el cual nunca se para una mosca! El infeliz es acusado y entregado al tribunal de la Santa Indignación.

Allí se le somete a un largo interrogatorio y a la prueba. Se le pone una mosca en la nariz y se cuenta el tiempo. Si la diosa se vuela antes de 15 segundos, el acusado es convicto de ateo, de brujo o de prácticas satánicas, y se le condena a ser quemado vivo. Sus cenizas son arrojadas al viento.

El culto de la mosca hoy se va extendiendo por todas partes, gracias a miles de misioneros de Oratonia que parten en todas direcciones a convertir a los infieles y predicar entre los bárbaros la única religión verdadera. Los misioneros queman los ídolos falsos, construyen templos y seminarios para enseñar la bue-

na doctrina, hacen milagros extraordinarios animados por la gracia divina. A veces estallan guerras religiosas. La culpa es siempre de algún pueblo reacio que no quiere abandonar sus viejas creencias. Felizmente la luz celeste siempre acaba por abrirse camino y triunfar. En algunas partes se ha mezclado la mosca esencial con la mosca Tse-Tsé, produciendo así una superdiosa que, nutrida con amapolas, da a los hombres un sueño limpio de símbolos sexuales, inocente y maravilloso.

El pueblo elegido ha logrado con su culto crear una raza fuerte y sana. Gracias a la mosca, en Oratonio no hay enfermedades. La estatura media de los hombres es de dos metros cuarenta, y el término medio de la vida guarda la misma proporción: 240 años.

Como nunca ha de faltar la mala hierba y los herejes en los pueblos, tampoco podían faltar en Oratonia. Varias sectas escondidas han pretendido difundir el culto de otros dioses. ¡Cómo no recordar aquéllos imbéciles que proclamaban el culto del dios ratón! Estos fantásticos no podían dormir sin sentir trotar en el entretecho de sus casas los regimientos de sus falsos dioses. Ellos empezaron su propaganda de un modo verdaderamente inícuo. Vendían por las calles veneno contra los ratones. Luego se descubrió que el tal veneno era una pasta de queso con confituras, robados en los templos de la mosca y a la cual pasta aña-

dían un poderoso afrodisíaco para que sus dioses se multiplicaran hasta el infinito. Felizmente estos sectarios sacrílegos fueron descubiertos y quemados vivos. Así la herejía fué sofocada al nacer.

Pero no faltaron falsos profetas que brotaron de la tierra como por encanto y empezaron a predicar el culto al piojo. Esta nueva religión tomó más cuerpo que la anterior y puso en grave peligro la existencia misma de la nación. Estallaron revoluciones, guerras civiles y religiosas, aparecieron caudillos en diferentes partes del país. Regimientos enteros desenvainaban sus espadas en nombre de este otro falso dios.

Se diría que es imposible la tranquilidad en la tierra.

En vista del grave peligro, los tres grandes partidos históricos, los sanvitistas, los espiroquetistas y los ponchistas se unieron. Se proclamó la alianza sagrada ante el enemigo común. Luego se nombró un generalísimo con calidad de presidente y dictador, y para ayuda de éste, como su brazo derecho, se nombró también un coronelísimo.

La primera batalla duró cuatro días y diez noches. El triunfo quedó indeciso. Entonces el coronelísimo hizo matar al generalísimo y se proclamó generalísimo y dictador absoluto con calidad de cónsul, procónsul y emperador. La suerte le sonrió como son-

ríe a los audaces. Libró otra batalla a los rebeldes y los despedazó completamente.

La victoria fué celebrada en la capital con embandareramiento, bailes, fiestas y un gran banquete oficial en la plaza pública. El nuevo dictador, el generalísimo en persona presidía este banquete. Las bananas salían de los fruteros por sus propios pies, se pelaban con sus propias manos y de un salto se metían en la boca del gran jefe.

Sin embargo, ya hemos dicho que es imposible la tranquilidad en la tierra. Algunos de los vencidos en la última revolución, lograron escapar a la matanza general. Uno de ellos se disfrazó de sacerdote de la mosca y con el rostro cubierto por una cogulla, se escurrió entre las sombras de la noche. Saltó por una ventana y clavó su puñal traidor en medio del corazón del orador eléctrico.

Toda la ciudad quedó a obscuras, se detuvieron los tranvías y el pánico se apoderó de los espíritus más recios.

El dictador se debatía en las sombras, se estrellaba contra los muebles, se azotaba la cabeza, caía y se levantaba. Se dió orden de buscar por todas partes otro orador eléctrico, entre tanto se echaría mano a los discos. Pero el asesino misterioso había roto todos los discos.

Habría que volver por un tiempo a las bujías.

Sólo por un tiempo, pues era seguro que pronto aparecería un nuevo orador eléctrico. Acaso en los funerales del gran orador se revelaría de repente el que podría substituírlo. Así, pues, al día subsiguiente, toda la ciudad estaba en el cementerio para oír los discursos.

El primero en hablar fué el mismo dictador en persona. Su figura imponente, su cabeza cuadrada, sus orejas de quitasol, su nariz de bicicleta, revelaban al político de raza. Sus ojos de tintero mostraban claramente al hombre de pensamiento y de gran cultura. Su boca dibujada al lápiz, mostraba el hábito de escribir.

Un silencio sepulcral reinaba en torno, cuando el dictador se puso de pie. No se oía ni un suspiro, ni el vuelo de una diosa.

He aquí el discurso del dictador:

"Pueblo amado, henos aquí ante el cadáver de un hombre que no ha muerto. Tales fueron los servicios que rindió a su patria, que este cadáver está vivo. ¿Quién de vosotros no tiene aún su voz pegada en los oídos? Se me figura que lo estoy oyendo como él me oye en estos instantes solemnes. (Se oye una campana). ¿Oís esa campana? Es su voz que me responde desde la eternidad y me dice que tengo razón, que él me está escuchando complacido y que prosiga. Prosigo. Me parece, señores, que estoy sintiendo ahora

mismo el aliento cálido de su voz, el aliento perfumado de sus palabras. (Se siente un perfume de flores que sube a las narices de los oyentes). ¿Sentís ese perfume de flores que nos llega en este instante? Es él, es ese cadáver que agradece mis palabras y las premia, haciéndolas realidad. (El orador que perfuma las flores, se mueve inquieto entre la multitud, se siente invadido en su terreno y levanta los ojos airados). Ese perfume me dice que prosiga, y prosigo. Este hombre que vamos a enterrar ahora aquí en la tierra, para que esté más vivo en nuestra memoria, era un hombre excepcional. Hombre de gran saber, de vasta cultura. Se me figura que le estoy oyendo. ¡Ah! sus magníficos discursos. ¡Cuánta ciencia pudimos aprender en ellos! Nunca hablaba del siglo de Epaminondas sin recordar a Pericles, ni hablaba de Aquiles sin nombrar en seguida a la justicia; cuando hablaba de Arístides, sabía recordar el ostracismo, siempre que se cortaba la cola de algún perro recordaba a Temístocles, y cuando alguno era desterrado, él no olvidaba el nombre de Alcibíades. ¡Con qué colorido su palabra mágica sabía pintarnos la batalla de Lepanto, en donde Shakespeare perdió un brazo! Y la toma de Jerusalén, en donde Milton perdió los ojos; y la retirada de los Diez mil, en donde Tasso no perdió ni un solo hombre y donde Nelson encontró gloriosa muerte con sus heroicos sicilianos. Y cuánto había viajado y visto y

observado este hombre que hoy lloramos! En su juventud visitó en Roma las célebres pirámides, esas mismas pirámides, cuyos siglos contó Carlos V ante sus soldados. En Berlín visitó la tumba de Napoleón, en Chile visitó el Cerro Santa Lucía, en Notre Dame de Madrid rezó dos padrenuestros por el alma de Rómulo y Remo. Se conocía de memoria el Duomo y la Acrópolis de París y las catacumbas de Barcelona. Su descripción de la Casa del Greco, en medio del Cairo, reflejándose en las aguas del Támesis, será inmortal. Sí, señores, todo lo que salía de labios de este hombre admirable perdurará en la memoria de sus compatriotas hasta el fin de los siglos y hasta el día de nuestro nacimiento".

Una inmensa salva de aplausos acogió las palabras del insigne dictador. Aplaudían los vivos y los muertos, aplaudían las flores y las campanas. También algunas lágrimas brillaron en muchos ojos y rodaron por la corteza de los árboles.

El ex presidente, derrocado poco ha por la tercera revolución, temblaba de envidia ante el magnífico discurso de su rival afortunado. El se creía el supremo orador de la nación, y la sublime pieza oratoria que acababa de escuchar despertaba todos sus resentimientos. Pensaba en sus adentros: pronto derrocaré a este usurpador.

La muchedumbre seguía aplaudiendo y sollozando. De cuando en cuando se oían gritos coléricos:

—Que se nos entregue el asesino.

—Queremos al asesino. El asesino. El asesino. El asesino.

El dictador, otra vez de pie, exclamó a voz en cuello de pajarita.

—Buscaremos al asesino y lo libraremos a vuestras manos justicieras. Lo buscaremos por todos los rincones del país, bajo las piedras, adentro de los árboles, detrás de las sillas. Os juro que antes de 48 meses lo habremos descubierto.

Después de esta promesa, la muchedumbre se retiró más calmada y optimista. Todos se repetían en voz baja: ayudaremos a atraparlo, todos colaboraremos en esta noble labor. Lo buscaremos bajo las piedras, sobre los árboles, detrás de las sillas, debajo de las alfombras, detrás de las nubes, bajo los puentes del viejo París, entre las piernas de los poetas y las patas de las vacas holandesas.

Pasaron los 48 meses y el asesino misterioso no aparecía por ninguna parte.

Pasaron los años, los lustros y el asesino seguía escondido en las sombras. Todos se miraban con recelo, todos sospechaban los unos de los otros. ¿Cómo será su cara? ¿Cómo serán sus ojos? ¿Tendrá la na-

riz larga o chata? ¿Será gordo o flaco, alto o bajo, rubio o moreno?

Pasaron los años y los años. Nunca se descubrió al asesino, pero un día el mar arrojó su cadáver a las playas.

La misión del gangster
o
la lámpara maravillosa

(*Novela oriental*).

La ciudad de Peterunia cambiaba de nombre según la dirección del viento. A veces se llamaba Santa María de los Lirios; otras veces se llamaba Kagache, otras Santarchigo, otras Philagoca, etc.

En el momento en que empieza nuestra historia, soplaba viento sudeste, y por lo tanto la ciudad se llamaba Peterunia. Para facilitar la comprensión de esta historia a nuestros amados lectores, guardaremos este nombre durante todo nuestro relato, aunque cambien los vientos cuánto les dé la gana.

Peterunia era una gran metrópoli ultramoderna, ultravioleta, ultramarina, ultramontana y ultratumbal. Era una ciudad que invitaba al estudio y a los trabajos del espíritu. Centenares de trenes, miles de tranvías, millones de automóviles, trillones de mo-

tocicletas cruzaban sus calles, sus plazas y sus avenidas, pasaban por encima de vuestras narices, por debajo de vuestras piernas, entraban por un oído y salían por el otro — con un poco de cerilla si los oídos no habían sido deshollinados en el mes —, corriendo, saltando y devorando las distancias como un antropófago se devora a un misionero bien condimentado o al natural.

La ciudad de Peterunia y todo el país del cual ella era la gran metrópoli, constituía un centro intelectual y comercial de primer orden en el mundo y una de las más altas avanzadas del progreso en este siglo del progreso.

En el instante preciso en que empieza nuestra historia, la ciudad florecía como nunca. Toda clase de flores y de plantas nacían y crecían en su seno fecundo: las rosas de la poesía, las margaritas de la astronomía, los claveles de la filosofía, los crisantemos del comercio, las azucenas de la bolsa y de la banca, los nomeolvides de las compañías de seguros, los pensamientos de las compañías anónimas, las orquídeas de la química, los miosotis de la música se deshojaban en todas las esquinas y las violetas de la pintura se escondían humildes entre la hierba, etc., sin olvidar por cierto un gran número de plantas eléctricas y plantas de ataúdes u otros comestibles. El progreso es algo que nunca elogiaremos suficientemente.

Así, pues, en el instante preciso en que empieza esta historia tan triste cuanto verdadera, los honrados comerciantes Cook y Pérez, se encontraban en su tienda, detrás de un mostrador, verificando en dos grandes libros las ganancias de la semana. Caía la tarde. La gran tienda Cook y Pérez, que no había podido evitar la caída de la tarde, había cerrado sus puertas. De pronto se oyó un ruido extraño en el hall central de la tienda, y los señores Cook y Pérez, al levantar la cabeza de sus libros, vieron consternados que un hombre con dos piernas, con dos brazos, con dos ojos, con dos orejas, con una nariz y una boca y un pecho y un vientre, venía deslizándose a la velocidad de la luz por la cadena que sostenía el gran lustro en el medio del hall. Ambos quedaron petrificados de terror. El hombre, o mejor dicho el bandido, pues semejante hombre, tal como le hemos descrito, no podía ser sino un bandido, al llegar al término de su feliz viaje quedó montado a caballo en el magnífico lustro o lámpara central a una altura de unos tres metros sobre la cabeza de los petrificados. Allí, de un modo automático, es decir absolutamente natural, dos pistolas aparecieron en la punta de sus manos y al mismo tiempo una voz acariciadora murmuraba:

—¡Arriba las manos! ¡Ay del que se mueva un pelo o pestañee o estornude siquiera! Yo soy Aladino y ésta es la Lámpara Maravillosa.

El señor Cook y el señor Pérez levantaron las manos al aire tan alto, que algunas alondras vinieron a descansar en ellas de sus largos vuelos y hasta pensaron en anidar entre sus dedos.

El hombre del lustro descabalgó de un salto, apuntando siempre sus pistolas a la cabeza de los dos honrados comerciantes.

—Amigos míos — exclamó —, yo soy Aladino o sea el gangster John Chicago, y vengo por vuestro dinero, pues no es conveniente que los hombres acumulen demasiados billetes en su poder; esto les pone pesados, gruesos y melancólicos.

Sin decir más, John Chicago saludó a los señores Cook y Pérez y se dirigió a la caja de caudales. Apenas la hubo vaciado dijo adiós a sus nuevos amigos y se alejó por el camino recorrido.

—Dentro de dos minutos, pueden ustedes colocar sus brazos en su posición natural, a menos que esta os haya gustado más.

Nos parece inútil decir que al día siguiente todos los diarios de Peterunia hablaban de la proeza de John Chicago y comentaban el aparecimiento de una nueva especie animal: el gangster. El gangster era el mamífero más interesante que se había conocido. El gangster era el sueño dorado de todos los jóvenes estudiantes, de las bellas dactilógrafas y de las madres de familia.

Cinco días después, el millonario y distinguido banquero Terry Fox, cabeceaba en su oficina, haciendo la digestión de algunas perdices en crepe de chine y algunas langostas platinadas, cuando una sombra irreal con dos pistolas reales en cada mano apareció de pie ante él.

—Yo soy el gangster Cara de Col. ¡Arriba las manos! Me firma usted un cheque por cien mil dólares o llamo a las pompas fúnebres.

Aún no había alcanzado el millonario Terry Fox a terminar su firma, cuando el gangster Cara de Col desaparecía con el cheque en su bolsillo.

Cinco días después, la ilustre bailarina Sarahh Sahara daba un baile en su palacio a la florinata del país en donde tantos triunfos y tantos agasajos había recibido. Toda la aristocracia de la sangre y del dinero se hallaba reunida en esa magnífica fiesta.

Míster Jupirs Atlantius en persona estaba allí presente y probaba a sus amigos que él era descendiente directo de Júpiter III, último rey de la Atlántida.

Madame Joan Papis, demostraba que ella descendía de la Papisa Juana.

La señora Sardine Jonas, demostraba que ella perteneció a la ilustre familia de los Amieux Freres, que, como todo el mundo sabe, fué engendrada por Jonás en el vientre de una sardina, pues la ballena le había quedado algo grande.

El gran industrial señor Soda había hecho su inmensa fortuna con su invento de la Soda Fountain, la Soda Crema y el Ice cream Soda, tan necesarios para los motores gastados y sin duda alguna los mejores lubricantes para las hostias, las ruedas de molino, las vejigas y las linternas.

En lo mejor de la fiesta, cuando las parejas se entregaban en brazos del one step, y las señoras lucían sus collares de lámparas y los hombres sus corbatas de canapé, diez sombras aparecieron en medio del gran salón, diez sombras siniestras con diez pistolas en cada mano. El baile se detuvo como por encanto. Una voz tronó detrás de las más altas cordilleras:

—¡Arriba las manos! Buena cosecha tenemos. Gracias, San Isidro, labrador.

Las diez sombras fueron descolgando de los pechos de las damas los collares, los pendantif, los bajorrelieves, los cuadros célebres, las panoplias antiguas, etcétera.

Terminada la tarea, una mano escribió en la pared las siguientes palabras:

"John Chicago y sus discípulos el Cara de Col, el Bigotes, el Ombligo sonriente, Míster Cook y hermanos, el señor Pérez e hijos, saludamos a la ilustre concurrencia y les deseamos un feliz año nuevo".

Un minuto después, la dueña de casa salía de adentro de su reloj pulsera, donde se había escondi-

do, y pedía mil perdones a sus invitados por el asalto de que habían sido víctimas en su propia casa. Entonces el gran novelista Monsieur Woodrow Hindenburg, dijo a los asistentes:

—Señores, todo esto es la culpa del infame John Chicago, que ha hecho escuela. Nuestro deber es combatir a ese pernicioso y a sus discípulos por todos nuestros medios.

La señorita Joan Papis, saltando sobre una silla clamó en el desierto:

—No, señores, yo pienso que debemos seguir el ejemplo de ese ilustre John, estudiar profundamente el gangsterismo irradiante y tratar de ser sus mejores discípulos. Vean ustedes, cómo los señores Cook y Pérez, los más avisados comerciantes de este país, se han hecho gangsters con todos los miembros de sus familias.

Varias voces tronaron a la vez:

—¡Bravo! Tiene razón. Viva Joan Papis. Viva John Chicago.

A la salida del baile de Sarahh Sahara, todos sus invitados, todos aquéllos que tenían múltiples y variados oficios, ya no tenían sino uno: todos eran gangsters. Sólo Sarahh Sahara se resistía a cambiar de oficio.

Cinco días después, la gran Sahara, al volver una noche a su casa, se encontraba con que su madre había

sido raptada. Un papel clavado en la silla de ruedas de la anciana, exigía la suma de sesenta mil dólares por el rescate. El precio era elevado, sin duda alguna, dado el uso de la señora, cuyas válvulas de escape y cuyos órganos propulsores estaban en muy mal estado Pero la ilustre Sarahh no podía discutir ni regatear tratándose de su madre. Pagó, y su madre le fué restituída por carta certificada.

Entonces la gran bailarina pensó que la mejor manera de rehacerse pronto de los sesenta mil rublos perdidos era convertirse ella misma en gangster, y así lo hizo.

El número de los gangsters aumentaba de un modo alarmante. Había batallas en todas las esquinas de la ciudad. Pasaban y repasaban los entierros como carrouseles. Los honrados ciudadanos de Peterunia ya no sabían qué hacer ni a quién pedir protección. Centenares de policías habían abandonado su oficio equívoco y pasado al gangsterismo. Y no sólo policías sino aun varios jefes, prefectos, sargentos y otros distinguidos graduados amén de varios ilustres políticos, ministros, senadores, futbolistas, coroneles, comandantes, manicuras y bomberos.

Cinco días después, el joyero Jacob Jacobson, veía aparecer ante él la sombra trágica con la elegante pistola en la mano. Una voz de ultratumba susurraba a sus oídos:

—¡Arriba las manos! Aquí todas tus joyas.

Jacobo Jacobson, al ver alejarse la sombra con sus tesoros y el sudor de su frente, gritó desesperado:

—Bueno. Yo también me hago gangster.

Cinco días después, el reverendo Poison oraba en su capilla y repasaba sus proyectos y sus buenas intenciones.

Eran las 6 1|4 de la tarde. A las 6 1|2 apareció ante sus ojos meditativos la elegante pistola y la sombra trágica.

Al sentir en sus sienes el suave calor de la pistola, el reverendo levantó las manos al cielo y exclamó:

—¡My Got!

La voz de la sombra irrumpió en las sombras:

—No my Got, my John... my John, ¿entiende usted? My John.

Y la sombra se alejó llevándose todas las oraciones, los proyectos y las buenas intenciones del reverendo Poison, que cayendo de rodillas dijo como herido por la luz de la divina gracia:

—A partir de este momento me hago gangster.

Cinco días después se verificaba la gran reunión anual de la Academia de Ciencias de Peterunia. La sala estaba repleta de oyentes y admiradores de las bellas ciencias. El eminente sabio don Looping the Loop acababa de ser presentado a la asamblea por la célebre pintora doña Pablo y Virginia. Don Looping tenia

la palabra. Sin duda alguna, el ilustre sabio era un hombre de genio, pues poseía una larga paciencia. Su paciencia, medida por el Club Internacional de Turismo, pasaba de 930 kilómetros y podía ser recorrida por un buen automóvil en un mínimo de 6 horas y 40 minutos.

El eminente sabio poseía además una bella calva que brillaba más coqueta que el diamante azul del Sultán Rojo. ¡Qué hermosa cabeza la del ilustre sabio! Sin un solo cabello y llena de azúcar flor como la telegrafía sin hilos que hace nuestros encantos en las tardes de otoño.

Nadie perdía una palabra de sus labios de coral, no volaba una mosca o si volaba, nadie oía el ruido desesperante de su motor mal aceitado. Todos los hombres de ciencia de los catorce continentes se habían dado cita en aquel congreso de eminencias. El ilustre sabio seguía desarrollando ante los ojos atónitos y los oídos ávidos la larga lista de sus descubrimientos.

"Así pues, señores, he descubierto y clasificado numerosos insectívoros y animalínculos, entre los cuales se destacan los pertenecientes a la familia de los Sombrerífagos, los Edredónicos y los Perlípedos. He descubierto el Spirunga Phallis, que como su nombre indica, me será mejor describir en una asamblea de caballeros solos. He descubierto la Padrágora, peque-

ño animalúnculo cuyo origen es bastante curioso y que ya había sido previsto por ciertos sabios desconocidos. Nace la Padrágora de una gota diamantífera o perlífera que rueda por las piernas de una mujer guillotinada en el momento de caer su cabeza por haber devorado a su hijo recién nacido. La gota diamantífera o perlífera debe encontrar al llegar al suelo una pastilla de Bouillon Kub. Al contacto de la gota con el Bouillon Kub, nace la Padrágora, que es el más bello y gracioso animalúnculo que pueda soñarse. Apenas nacido, este pequeño gnomo o duendecillo, hace muzarañas con las manos y los brazos. Hace ese gesto que consiste en levantar una mano con los dedos hacia arriba, dejando un gran cóncavo al centro, gesto que significa un terrible insulto en los países de la costa del Pacífico. Corre entre las piernas de las mujeres, trepa por ellas como mono y les hace cosquillas en salva sea la parte o en sálvese quién pueda. Escribe *culo* en las paredes, y todas esas frases misteriosas que aparecen de vez en cuando en los muros de las casas; y él es el que dibuja obcenidades en la almohada de los canónigos y de los notarios. Tiene la cabeza oblonga, los ojos en pirámide y el epigastrio en arabescos de una sensibilidad extrema.

También he descubierto, señores, el Cuarentífero, el único pájaro que puede volar cuarenta días y cua-

renta noches sin descanso. El único pájaro que no tiene olor a encerrado, pues sólo él no estuvo en el Arca de Noé.

Ultimamente, señores, he descubierto el Hongo Antirrítmico, que es el causante del cáncer. Este Hongo que se multiplica de pronto en nuestra sangre, tiene un ritmo contrario al de nuestras células básicas. He ahí el origen del cáncer. Al multiplicarse va obligando a las células vencidas a cambiar de ritmo, y entonces, se produce el horrible mal.

También he descubierto la Pompícula, hermoso semimamífero que, como su nombre indica, bebe el agua por el ojo del trasero. Se sienta en el agua y luego bombea o pompea con el ano, valiéndose de ciertos movimientos especiales de contracción y relajación de cinco subdivisiones del esfínter...

—¡Arriba las manos! — tronó una voz en medio de la sala, y al instante cuarenta sombras alzaron cuarenta pistolas.

Un olor a escencia de rosas se esparció por el gran salón de la Academia.

Era un espectáculo hermoso el ver una gran asamblea de sabios y cerebros escogidos, con las manos levantadas al espacio como esperando la bajada de un ángel o la ruptura de la bóveda celeste.

Las cuarenta sombras hicieron un registro completo en el cuerpo de la docta asamblea, llevándose toda

su ciencia, numerosas ideas nuevas y viejas, algunos grandes problemas y algunas carteras y hasta la rica gama de colores de la ilustre pintora doña Pablo y Virginia. ¡Cómo lloraba la ilustre pintora, viendo alejarse en manos extrañas sus colores y sus calores, sus corolas y sus corales!

Entonces fué cuando la docta asamblea acordó, por una inmensa mayoría de votos, dedicarse por entero al grato oficio del gangsterismo, pensando acaso que ese era el único medio de recuperar su ciencia, sus ideas, sus ensayos, sus descubrimientos y sus esfuerzos. No debemos olvidar que la Academia es una señora anciana respetable, sorda y ciega, pero no muda y que su elocuente discurso tenía que convencer a los demás miembros de su cuerpo gentil. Así se explica la decisión tomada por la gran mayoría.

El número de los gangsters se había multiplicado de un modo increíble. Casi toda la población del país había tomado ya el interesante y lucrativo oficio. Sólo algunos recalcitrantes o cerebros atrasados no querían aún abandonar sus viejas costumbres y se resistían a entrar por el nuevo camino del bienestar y del progreso.

Los señores gangsters vivían en magníficos palacios, poseían los mejores automóviles, los mejores yates, las mejores mujeres, los mejores hijos y los mejores padres. Comían la mejor comida, bebían la me-

jor bebida. Y sobre todo manejaban las finanzas y la alta política del país.

En la ciudad de Peterunia, el ochenta por ciento de los habitantes eran gangsters y se habían levantado varios monumentos al gran John. Y no sólo Peterunia, sino todas las ciudades del país ostentaban orgullosas por lo menos una estatua del insigne inventor del gangsterismo irradiante.

Se escribían libros sobre el gran John, se imprimían discos con su voz para conservarla a las generaciones venideras, se encerraba su olor en pequeñas cajitas de ónix, para tenerle siempre presente por todos los sentidos. Se le fotografiaba y se le filmaba en todas las posturas y a todas las horas del día y de la noche.

Así se explica la desesperación general de las multitudes el día de su muerte. El ataúd del gran John se deslizaba sobre un río de lágrimas sin necesidad de apelar al remo ni a la hélice ni a las velas. El ataúd del ilustre inventor era de oro, construído con todos los relojes que había conquistado en su brillante carrera artística y social. El ataúd hecho de relojes y con todos los relojes andando, parecía dar vida y palpitación eterna al amado despojo que dormía el último sueño.

Y entonces se produjo el milagro. Los últimos recalcitrantes se pasaron al partido del muerto, que,

como el Cid, ganó su mejor batalla en estado de cadáver. Todo el mundo abrazó la nueva religión.

Una vez que todos los habitantes de Peterunia fueron gangsters, se acabaron los gangsters en Peterunia.

FIN

Ejemplar: $ 5.—

EDITORIAL ZIG-ZAG
Bellavista 069.